

Pontífice de la Iglesia, que afombro no causaría tal poder? Pues en qué desmerece tan à millares doblada la maravilla por concedido este poder à tantos millares de Sacerdotes? Esos, pues, son los Ministros, que representando para este acto el mas soberano de nuestra Religion, la misma persona del Hijo de Dios; por eso en nombre suyo repiten sus mismas palabras. En los demás Sacramentos, el Ministro, aunque es Ministro de Dios, aunque obra solo en nombre, y por la autoridad de Dios, mas con todo esto habla en su propia persona, no en la de Dios: *Yo te bautizo*, dicen: *Yo te absuelvo*; *yo te confirmo*. &c. Pero en este, el mayor de los Sacramentos, habiendo hablado el Sacerdote en la Misa, yá en nombre suyo, yá en nombre de la Iglesia, en llegando à las palabras de la Consagracion: *Jam non suis sermonibus Sacerdos, sed utitur sermonibus Christi*, dice S. Ambrosio. Hablando el Sacerdote, no es él quien habla; pronunciando él, no es él quien pronuncia; es el mismo Jesu-Christo el que en su persona, el que por su boca, repitiendo las mismas palabras que en aquella primera Cena dixo, repite las mismas maravillas: *Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre*. No dice: este es el Cuerpo de Christo, que eso fuera hablar por sí el Sacerdote, sino: *Este es mi Cuerpo*, que eso es hablar por su boca el mismo Jesu-Christo, eso es ir en sus palabras envuelta toda la Divina Omnipotencia. Y quien así representa al mismo Hijo de Dios, qué perfeccion, qué santidad, qué pureza? ¡Ah, confusión de mi indignidad, qué abismos tienes en que sumirte? Fray Benturino de Bergamo, Dominicano, refiere en las Chronicas de esta Orden, que al decir Misa, se iba poco à poco encendiendo, de modo, que al llegar al Canon, inmutado su rostro, parecia en la hermosura un Angel, y en llegando à la Consagracion, le vieron muchas veces cercado de una hermosa nube, y que al pronunciar las palabras, à cada palabra le salía un rayo de fuego de su boca. ¡Ah, si este fuego nos abrasara à todos los Sacerdotes! Mas de aquí se sigue tambien, qué veneracion deben tener los que no lo son à estas palabras? En Apamea de Syria, refiere el Prado Espiritual, que unos niños, por juguete, se pusieron à decir Misa en el campo; y haciendo altar de una grande piedra, previnieron la Hostia, fueron diciendo la Misa, llegaban à pronunciar yá las palabras de la Consagracion, quando baxando del Cielo una terrible llama, convirtió en cenizas el pan, y la piedra, dexandolos à ellos medio muertos. Así zela Dios el respeto à estas sus llaves de los Cielos: cómo sufriría que quieran coger las palabras de la Consagracion para supersticiones de viejas, para males de corazones, y para otras vulgares ignorancias? Acabemos de entender, y desferremos de nosotros tales indecencias.

Mas crece la admiracion, viendo que la dignacion admirable de Dios, aun siendo el Sacerdote tan del todo indigno como yo, tan pecador, y aunque sea en sus costumbres el peor del mundo, porque no habla en su persona, sino en la de Dios, le dexa (y es de Fé)

la misma fuerza à sus palabras. Repito las de la admirable Virgen Santa Teresa de Jesus, para horror, y confusion mia. Dice así: *Llegando una vez à comulgar, vi dos Demonios con muy abominable figura. Pareceme que los cuernos roñaban la garganta del pobre Sacerdote, y vi à mi Señor, con la Magestad que tengo dicha, puesto en aquellas manos, que se veia claro ser ofendedoras suyas, entendí estar aquella alma en pecado mortal. Qué sería, Señor mio, ver vuestra hermosura entre figuras tan abominables? Diome tan gran turbacion, que no sé cómo pude comulgar. Dixome el mismo Señor, que rogase por él, y que lo havia permitido para que entendiese yo la fuerza que tienen las palabras de la Consagracion, y como no dexa de estar allí Dios, por malo que sea el Sacerdote*. Hasta aqui Santa Teresa. Y nuestro horror, hasta dónde, señores Sacerdotes?

Esta fuerza, pues, de las palabras, esta eficacia admirable en las mismas palabras se expresa; por eso no dixo (reparenlo) como dice al hacer los Cielos, al hacer los Astros: *Fiat lux, fiat Firmamentum, fiant luminaria*: hagase la luz, hagase el Firmamento, porque aunque à la voz de Dios obedeció luego; pero en el modo de las palabras, parece que admitia alguna demora, y no sufre eso el amor de Dios en este sacramento; por eso dice: *Este es mi Cuerpo*; es, porque al oírlo pronunciar, yá está allí real, y verdaderamente su Cuerpo; es, porque no habla como en los demás Sacramentos de una accion que se pasa, sino del Cuerpo, y Sangre suya que allí permanece: es, porque en tan breve instante como suena esta voz, esta syllaba, aquel Cuerpo mismo del Hijo de Dios, que nació en las entrañas purísimas de MARIA, aquel mismo, que por nosotros padeció en la Cruz, aquel mismo, que está sentado à la diestra del Padre, se pone en un punto, sin dexar el Cielo, en la Hostia. Por eso compara el Damasceno, (l. 4. c. 14.) y otros Padres, estas à las palabras que respondió la Santísima Virgen al Celestial Paraiso, à cuyo *fiat* dicho, obró en un punto el Espíritu Santo en la Encarnacion admirable del Hijo de Dios, el negocio de los siglos. Por eso, en sentir de gravísimos Theólogos, (Amb. l. 4. c. 4.) tienen las palabras de la Consagracion recibida de Christo tal eficacia, tal fuerza, que si el Señor no huviera tomado todavia Cuerpo, ni lo tuviera en el mundo, ni en el Cielo, al eco solo de estas palabras se produjera de nuevo, redoblando, à empeño de la verdad de Dios, todas sus maravillas. Este es, pues, el primer efecto prodigioso de las palabras de la Consagracion, que de la transubstanciacion admirable que se sigue, veremos en la Plática siguiente; y ahora, dexando millares, celebremoslo en confirmacion de nuestra Fé con todos estos prodigios.

Refiere Beda, (Homil. 110.) y lo trae Fr. Alonso de Ribera, (Hist. del SS. Sac. tr. 2. s. 7.) del Orden de Santo Domingo, que el año de mil trescientos y noventa y dos, un Cura de la Iglesia de Moncada, pueblo de la Huerta de Valencia, andaba con grandes

des dudas, y escrúpulos de si era Sacerdote, ò no, por haverlo ordenado un Obispo consagrado por Clemente VII. que fue elegido en tiempo de cisma, y por eso trataba de buscar modo, como otro Obispo de nuevo lo ordenase; pero atajó Dios su inquietud con estos prodigios. Diciendo Misa dia de Navidad, se la oía una muger con su hijuela, niña de solos quatro años y medio. Acabada la Misa, la niña no queria irse, è importunaba à la madre, para que no dexase en manos del Cura al niño hijo de su vecina, sino que se lo llevára consigo. Havia parido poco antes la muger de un vecino llamado Febrer, à quien visitando aquella muger, la inocente hijuela se havia aficionado à la criatura, y de esa hablaba, pensando que era la que ella veía en las manos del Cura en el Altar. La madre que ignoraba esto: anda loca, qué niño tiene el Cura? Y la niña: no soy loca, allí tiene el Cura al niño que te digo. Despreciando esto la madre, llevóla, aunque llorando, derecha à la casa de la parida para desengañarla; mostróle el niño, y quietóse con esto. Pero otro dia, volviendo à oír la Misa del mismo Cura, al alzar la Hostia, volvió la niña à ver al mismo niño que el dia antes; dixoselo à su madre alborotada, y ella, dandole yá cuidado, le contó al mismo Cura lo que havia pasado. El le rogó que el dia siguiente la volviese à llevar à su Misa; hizolo así, y volvió à suceder lo mismo, y cogiendo el Cura à la niña, le preguntó, que havia visto? Y ella: que veía un niño muy hermoso, que llenaba la Iglesia toda de resplandor. No contento con esto, al siguiente dia, por hacer mayor prueba, llevó al Altar dos Hostias, consagró la una, dexando aparte la otra sin consagrar, y despues cogiendo en la mano derecha la consagrada, y la otra en la siniestra, hizo traer à la niña, y preguntóle: qué ves? Y ella: en esta mano tienes à este niño tan lindo. Y en esta? Mostrándole la izquierda: ahí, dixo ella, tienes una oblea. Esta prueba se hizo otras veces trocando las manos, y siempre la criatura confesando lo que claramente veía, llenando al Sacerdote de inexplicable consuelo este desengaño, avivando en los Fieles la Fé este prodigio, y perficionando Dios de boca de los inocentes sus alabanzas. Oh! y sea para que eternamente se las repitan nuestras almas, para que despertando nuestra Fé, se avive nuestro fervor, yá en la asistencia de la Misa, para que sea con una atonita devocion, y yá al recibirlo en la Comunión, para que sea con grandes aumentos de gracia.

PLATICA V.
DE LOS TRES MAS PRINCIPALES
milagros que obra Dios en el Santísimo
Sacramento de la Eucaristía.

A 23. de Mayo de 1694.

A UN mas que lo ruidoso del trueno, de su efecto lo mudo hace, sobre tan espantoso, mas admirable al rayo; quanto al violento estallido se publica, tanto en el estrago no pocas veces prodigiosamente se oculta, dexando tan escondida la ceniza, como notoria la llama. Vióse yá alguna vez consumir de una bolsa bien cerrada la moneda toda, haciendo al dueño la burla, y à la bolsa, ni el menor daño. Vióse sin sentirlo la misma bayna dexarla vacía, y sin su espada. Vióse agotar del todo en un barril su vino, dexando el barril mismo intacto, Divina fuerza parece poder tan sutil, dixo el sésudo Seneca: *Ne quid quam dubii, quid Divina insit illis, & subtilis potentia*. (Quaest. l. 2. c. 42.) Y lo que es mas terrible, dexando en los hombres las apariencias de vida, les sabe introducir en un punto realidades de la muerte. Diganlo aquellos Segadores de Lemnos, que refiere Cardano, (l. 42. c. 28.) que quando mas alegres à la sombra de un árbol cenaban, à la violencia de un rayo, no espanta que quedasen muertos, pasma sí, que los dexase à todos tan como vivos; el uno arimado como estaba al tronco, el otro llegando à la boca el bocado, riendose el uno, tocando el otro una guitarra, y todos como les cogió el trueno muertos en el mismo exterior ademán de vivos. Así, pues, quando el trueno se publica, el efecto prodigioso se oculta, haciendo ese grito del Cielo mudanza tan admirable, que dexando la misma apariencia, muda toda la realidad: *Fallit imago*, les puso bien por mote nuestro Engelgrave; engaña la apariencia, parece uno, y à la fuerza de un rayo yá es otro. Y si á la voz de ese material trueno vemos obrarse tal prodigio, qué hará el trueno de la voz de Dios en la rueda, que abrazando los Cielos, ciñe todas sus maravillas: *Voz tonitruí tui in rota* la voz, digo de la Consagracion sobre el orbe del pan, sobre la esfera del Caliz, que con propiedad de rayo, dexando toda la exterior apariencia, muda en un punto en lo interior toda la realidad.

Dixe yá, como à las palabras de la Consagracion, que sobre el pan, y el vino pronuncia el legitimo Sacerdote, se pone real, y verdaderamente el mismo Cuerpo, y la misma Sangre de nuestro Redentor Jesu-Christo, así como está en el Cielo, debaxo de las especies. Soberana verdad expresamente definida en diez Generales Concilios, celebrada con inmensos elogios de todos los Santos Padres de la Iglesia, confirmada à repetidos milagros de los Angeles, adorada con estupendos prodigios aun de los brutos, reverenciada aun de

la terquedad maldita de los demonios. Mas qué se figue de maravillas à esta la suprema de todas? Tantas, que à millares no se pudieran contar por las eternidades. Aqui es donde à la letra fueran las palabras de Job: *Qui facit magna, & incomprehensibilia, & mirabilia, quorum non est numerus.* (c. 19.) Apunto solo las que por mas proporcionadas à nuestro corto entendimiento, excitan mas de nuestro corazon el fervor.

Puesto, pues, el Cuerpo, y la Sangre del Hijo de Dios en su Sacramento, al instante mismo, el que antes era pan, yá no es pan, el que antes era vino, yá no es vino, (Conc. Trid. sess. 13. c. 2.) porque consumida, destruída, y quitada la substancia del pan, en su lugar queda sola la substancia del Cuerpo de Christo; consumida, destruída, y quitada del todo la substancia del vino, queda en su lugar la substancia de la Sangre misma del Hijo de Dios. Esta es, pues, la que no pudiendose llamar conversion, ni mutacion, y mutacion, queda siempre alguna parte de la substancia que antes era, por mas que se convierta, y se mude; por eso con la mas propria, mas significativa voz la llama *transsubstanciacion* nuestra Fé, aplaudiendo, y celebrando esta voz el Santo Concilio de Trento, porque ninguna otra pueda explicar lo que aqui pasa, donde toda la substancia del pan, y del vino, con estupendo milagro, y sin exemplar en lo criado, se destruye, y se quita al ponerse la substancia del Cuerpo, y Sangre del Hijo de Dios.

Cómo, pues, (dice ahora muy espantada nuestra rudeza) cómo no vemos alli con los ojos mudanza ninguna? Cómo à nuestra vista se queda el pan como estaba antes? Preguntad eso mismo al dexar un rayo en un punto sin una sola gota de vino à un barril que estaba lleno, dexandose el barril intacto. Dónde se fue todo este vino en un punto? Por dónde entró este rayo tan eficaz, que no viendose nada por fuera, por dentro se reconoce su efecto? Pues no sabrá Dios adelantar mejor en la Eucharistia este prodigio? Oh! que lo que vén los ojos no es sino pan, no es sino vino. Y por mas que eso vean, no saben enganarse los ojos? Ubas eran en la apariencia aquellas, que allá pintó Zeuxis, (Plin. l. 35. c. 10.) tan naturales, tan propias, que engañado, voló à picar un pájaro. Ese era un bruto, dirán. Pintado era solo aquel velo que echó sobre su lienzo Parrasio, tan al natural, tan al proprio, que llegando Zeuxis à correrlo, fue él quien quedó corrido. Muertos colores eran los de aquel retrato de Clara Eugenia, Archiduquesa de Austria, que pintó Rubens, mas tan al vivo, que puesta en parte algo obscura, al verla el Archiduque Alberto su marido, llegó festivo à saludarla. Y lo que así sabe fingir el arte para el engaño, no sabrá disponer Dios para la verdad? Lo que sabe hacer un pincel, no sabrá hacerlo mejor Dios? Que os parezca pan lo que no es pan, que os parezca vino lo que no es vino; ese es el triunfo de nuestra Fé, que à pasar de los ojos conozca la verdad la razon: por esto

sobre todos se llama con especialidad Mysterio de la Fé: *Mysterium Fidei*. Son Mysterios de la Fé los otros, no hay duda; pero este les lleva à todos una gran ventaja. Y cuál es? Que en todos los demás Mysterios creemos lo que no vemos; pero en este creemos contra lo mismo que vemos. El Mysterio de la Trinidad Santissima, no lo vemos, pero lo creemos; mas en la Eucharistia, vemos pan, y adoramos su Sangre. Esa es la Fé que nos enseñan en este Sacramento aun los mismos demonios. En Cambray, refiere nuestro Delrio, (c. 2. q. 3.) habiendose hecho grandes diligencias para librar à una endemoniada, y terco à todas el maldito espiritu, un dia el Dean de aquella Iglesia, acabando de decir Misa, fue à conjurarla. Y el demonio al instante: ah, dixo, qué bien armado bienes con aquel pan que has recibido! Qué pan, maldito? le instó el Dean: Si no es mas que pan el que he recibido en la Misa, no salgas de este cuerpo; pero, si como creo, es el verdadero Cuerpo de Jesu-Christo, en su nombre te mando te vayas de este Cuerpo. Cosé prodigiosa! al instante salió dando grandes bramidos, y confesando con ellos la verdad Catholica.

Mas hé aqui de uno en otro encadenados los milagros; porque en eso mismo que vemos esta otro estupendo prodigio. Vemos la cantidad, el color, el sabor, el olor del pan, y del vino; esos son los accidentes que quedan, y permanecen. Mas cómo quedan? Sin sugeto yá en que se reciban, sin substancia que los sustente: no la del pan, que se destruyó todo, no la del Cuerpo de Christo, que ni tiene ese color, ni ese sabor, ni esa cantidad. Pues quién sustenta así estos accidentes? Toda la Omnipotencia de Dios, que sola basta à tanta maravilla. Por aqui me daré à entender en lo que se mira, para alcanzar lo que no se vé. Si llena una grande copa de crystal toda de agua, huviera tal destreza, que dandole un golpe à la copa, quebrada ella en pedazos, el agua con todo eso se quedara en la misma figura que formaba dentro de esa copa, ò redonda, ò esquinada, ò istriada, suspena en el ayre, y sin derramarse una gota; qué asombro no causaria vér así detenida el agua sin quien la sustente, parada sin derramarse, y firme como si fuera sólida? En qué se tiene este agua, dirais, cómo se sustenta? Pues mayor prodigio hace alli en detener suspensos sin sugetos los accidentes el que à las aguas las supo solidar como paredes de crystal en el Mar rojo, el que las supo suspender en el ayre como crystalinas rocas en el Jordán.

Mas yá que así del todo se destruye la substancia del pan; para qué (dirá alguno) quiso el Señor dexar solo los accidentes à nuestros ojos? Lo primero, para que sirviesen de velo à nuestra veneracion, en que oculto el Sancta-Sanctorum de su Divino Cuerpo, y Sangre, concilára los debidos respetos à nuestras almas; para que fuesen la nube, que ocultandonos la gloria de Dios, porque no nos cegáran sus rayos, incitara, y avivara nuef-

nuestra Fé à buscar por ella sus gozos. Por eso le reveló à Santa Gertrudis, (l. 4. c. 25.) que quantas veces miramos con deseo, con ternura, y con devocion la Hostia, tantas aumentamos los méritos en el alma, à que corresponderán en la otra vida otros tantos especiales deleytes, y gozos à los que así lo miraren. Deseaba con ardientes ansias una alma llegar à vér à Dios; aparecióle Santa Teresa, y le dixo: Alma dichosa, qué suspiras? qué te fatigas ansiosa por vér el Rostro de Dios, si lo tienes todos los dias en el Altar? El mismo que nosotros vemos en el Cielo, es el que vosotros estais mirando en la Hostia; solo con la distincion, que lo que nosotros vemos con la luz de la gloria, vosotros lo veis con la luz de la Fé, con mérito, y con este mérito os podeis aumentar los gozos, que nosotros yá acá no podemos. La Beata Coleta, Monja Clarisa, (Barri, Fav de Jesus, c. 446.) decia, que nada estimaba tanto en la tierra como sus ojos. Claro está, dirá qualquiera, que nada hay mas estimable, que los ojos para vér la luz, para gozar del Cielo, para divertirse en las criaturas, para gozar de la vida. Pues para nada de eso los estimaba Coleta, sino solo estimaba sus ojos para vér los accidentes de la Eucharistia: por esto solo, decia esta Virgen admirable, los estimo tanto, que si me privára de ellos el Señor en la vida, me fuera este mi mayor tormento, porque me privára del deleyte mayor que gozo en verlos. Gran fineza! Mas no advertia, que supiera el Señor suplirla, aun sin tener ojos.

De la Beata Sibilina de Pavia, Monja Dominicana, refiere Fr. Hernando del Castillo, (p. 2. Hist. Domin. c. 20.) que desde edad de trece años estaba ciega; mas quando, aun sin sentirlo ella, estaba cerca de este Divino Sacramento, lo conocia por una especial dulzura que sentia en el alma; y esta misma sentia, quando pasaba el Señor por la calle. Una vez, que pidiendole al Cura de una Parroquia el Santissimo para un enfermo, no lo tenia, quiso enmendar un yerro con otro mayor: llevaba, pues, una Hostia no consagrada, y al oír la campanilla aquella Religiosa dichosamente ciega, se puso de rodillas à adorar; mas no sintió nada de la dulzura que solia; quedó afligidissima, hizo llamar al Cura, y preguntóle si aquel dia havia llevado el verdadero Cuerpo de Christo nuestro Señor al enfermo, ò no? Y refirióle lo que le pasaba. El pobre Sacerdote quedó gravemente confuso viendose descubierto, y le confesó la verdad. Y quando así, aun à los ciegos, aun debaxo de sus accidentes se hace sentir el Señor, qué importa que aquellos velos sagrados nos lo oculten?

Mas: figuese de aqui, que tantos como son puntos los del pan, y del vino, tantos son alli los milagros; quiero decir, que estando todo Christo en la Hostia, todo en el Caliz, está todo en cada particula, todo en cada punto. Oh, milagro de milagros; que para ponderarlo no bastan infinitas lenguas! Retrátase el Sol en muchas partes, en muchas vasijas de agua, en muchos espejos. El espejo quebrado en muchas partes, nos retrata en todos en-

tero el rostro; pero no son esos mas que retratos, alli en cada punto de la Hostia son realidades. Está el alma toda en todo el cuerpo, y toda en la menor parte de él, es así; pero separada una parte, dexa de estar allí yá el alma. No así en esta mejor alma de nuestra gracia, que estando en toda la Hostia, por mas que se quiebre, por mas que se desmenuce, en cada menuzo está un Dios todo; así lo zela con prodigios. De la B. Ibera, refiere nuestro Bolando, (in vit. c. 27.) que fue un dia à su Cura, y le dixo, que su Ministro en un Pueblo distante celebraba con gran descuido la Misa, y que se dexaba en el Altar las particulas. Púsose el Cura en camino, fue hallá, y halló que era así, y recogiendo del Altar las particulas, las puso en el Sagrario.

Y ahora pregunto yo, lo que han preguntado abortos hombres grandes: dónde está Dios mas admirable, en lo grande, ò en lo pequeño? En fabricar los Cielos, ò en formar una hormiga? En llenar las inmensidades con su sér, ò en reducirse todo un Dios à un punto en una particula de la Hostia? Dónde mas admirable? Theodoro, grande Estatuario en bronce, refiere Plinio, (lib. 34. c. 8.) despues de haver hecho de esa materia estatuas admirables, quiso retratase à sí mismo, y lo hizo en dos maneras. En una estatua bien abultada, y grande se retrató al vivo; pero en esta puso en la mano derecha una lima, la siniestra levantados los tres primeros dedos, y juntos por las puntas, puso sobre ellos un carro de bronce, con quatro caballos, tan perfecto, que nada le faltaba, y tan pequeño, que apenas podia distinguirle la vista; tan pequeño, que sobre él puesta una mosca de bronce, con las alas tapaba los caballos, y el carro. Y dónde, pregunto yo, se retrató mejor este grande Artifice? en lo grande de su estatua, ò en lo pequeño de su carro? Allí pudo mostrar su valentia, pero aqui su saber, su sutileza, su primor admirable. Oh, Dios! si en lo grande prodigioso, en lo pequeño sin comparacion admirable! Y quando así Dios se encoge, se estrecha, y se ciñe en un punto de la Hostia tan humilde, qué busca nuestra soberbia de grandezas? qué busca nuestra nada de vanas hinchazones? Enseñenoslo este suceso.

Osualdo Mulfero, en el Condado de Tiról, el año de 1384. refiere Bredembrachio, de quieu lo trae Marcancio, (Mist. 4. lec.) era Caballero de ilustre prosapia, y de grande soberbia, por la qual, pareciendole que era igualarse, y hacerse comun con todos, comulgando con la forma pequeña que todos comulgan, quiso que à él se le diera una Hostia grande; que aun en lo mas Divino vemos cada dia querer introducir lo humano antelaciones de la vanidad, y preferencias de la soberbia. El Sacerdote, ò mas adulador, ò menos sabio, porque Osualdo era Señor temporal de aquel Lugar, no se atrevió à negar lo que debía negarle: previno una Hostia grande para comulgarlo; pero al llegarla yá à recibir, hizo Dios lo que no supo el mal Sacerdote; porque al llegarle la Hostia à la boca, abriendose de repen-

te la tierra debaxo de sus pies, iba à tragarlo de modo, que hasta las rodillas quedó enterrado; al caer, asiendo de la esquina del Altar, como si esta fuera de blanda cera, así se le enterró en ella la mano. Y conociendo el vano el enojo de Dios, se arrepintió, y empezó à pedir perdon á voces. Mas con todo eso, no pudiendo todavia tragar la Hostia, volviendola á recoger el Sacerdote, la guardó en el Sagrario, donde hasta hoy se conserva teñida de color de Sangre, haciendo repetidos milagros. Oualdo así castigado de Dios, cayó en una grave enfermedad, en que bien arrepentido de su locura, y sobervia, confesado, y humilde, murió dentro de pocos dias, y para exemplo comun, escrito en una tabla de bronce, se guarda este milagro en un Pueblo llamado Cebel, en el Condado de Tiról. Donde Dios hace el extremo mas admirable de su humildad, que tiene la humana soberbia que ostentar su hinchazón? Si la Fé reconoce, y confiesa que no recibe menos de Dios el que en aquel Sacramento recibe una pequeña particula, que lo recibí el Sacerdote en la Hostia, y en el Caliz; reconozcáse nuestra nada, quando así todo un Dios se cñe; conozcáse nuestra miseria, quando así el Imenso se abrevia, y esta será disposicion agradable, para que el abreviado Dios en aquel Sacramento, estienda, y dilate en nuestras almas la inmensidad de sus beneficios, y los interminables bienes de su Gloria.

PLATICA VI.

DE LA SOBERANA JUNTA QUE SE halla en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, por concomitancia.

A 6. de Junio de 1694.

EN union admirable los Cielos, tan coligados sus orbes, tan trabadas entre sí sus Esferas forman la dulce harmonía con que dán á nuestro Soberano Autor, que tocar uno solo, fue mover, los todos; imprimir en el primer mobile el impulso. fue avivar en todas las demás Esteras la carrera. Corren, y se mueven veloces tan inmensos Orbes, todos á un impulso, á un movimiento todos: *Unus omnes*; tan en andar de Cielos por unidos, que fuera acabar con todo la naturaleza querer detener suspenso al uno, quando el otro veloz se gira; fuera desquadrar todo el teatro del mundo querer parado á un Cielo, quando los demás vuelan. Esa es la liga prodigiosa, de que resulta la proporcion de los tiempos, la harmonía hermosa de las luces, las estaciones apacibles de los años, y la vanidad admirable de los influencias, obedecer encadenados los Cielos á su primer mobile, seguir todos concordados aquel primer impulso. Y si en la Eucaristía es

donde mejorados los Cielos abrevió nuestra Vida Christo sus tesoros; mejor retrata en ella con el movimiento de todas las mas Divinas Esferas coligadas las luces, realzada la harmonía, aventajadas las influencias. Un Cielo, digamoslo así, primer mobile, es el que á las palabras del Sacerdote en la Consecracion se mueve; mas luego por la union á ese Cielo, que se vá moviendo de Cielos? que se vá revolviendo de Esferas? que vá corriendo de Soberanos Orbes, á llenar este Sacramento de todo quanto Dios es, de todo quanto Dios tiene, y de todo quanto Dios puede? Esas son las que aqui llamamos concomitancias, punto ahora de nuestra doctrina.

Por virtud, pues, de las palabras de la Consecracion, solo se pone en la Hostia el Sacrosanto Cuerpo de nuestra Vida Christo, entero, cabal, perfecto, con sus miembros todos, huesos, nervios, partes entre sí distintas, que componen su perfectísima simetría, pero solo el Cuerpo. (*Conc. Trid. sess. 13. c. 3.*) Por virtud de las palabras de la Consecracion en el Caliz, solo se pone la Sangre de nuestro Redentor, la misma que por nosotros derramó en la Cruz, (*D. Th. 3. p. q. 76. art. 1.*) pero la Sangre sola; ese es solo el primer mobile á donde toca la fuerza de las palabras: eso, quiero decir, es solo lo que las palabras significan, y lo que para su verdad, que es la misma verdad de Dios, es necesario que se ponga en una, y otra especie; en el Pan: *Este es mi Cuerpo*; en el vino: *Esta es mi Sangre*. Por eso, pues, decimos, que por fuerza de las palabras en la Hostia, solo se pone el Cuerpo; por fuerza de las palabras en el Caliz, solo se pone la Sangre de nuestro Redentor Jesu-Christo; porque eso es lo que solo dicen, eso es lo que solo expresan las palabras. Mas he aqui, que como al primer mobile van figuiendo allí todos los Cielos, aqui mejor corren veloces todas las Esteras de la Divinidad; porque como el Cuerpo de nuestra Vida Christo no está separado de su Sangre, yá por esa natural compañía, que llamamos concomitancia, está en la Hostia con el Cuerpo tambien la Sangre del Señor; y como su cuerpo, y su Sangre están unidos con su Alma Santísima, he aqui en la Hostia, con el Cuerpo, y la Sangre tambien el Alma. Aun se van moviendo mas Cielos; porque ese Cuerpo, y Alma, unidos por la union hypostatica à la persona del Verbo, que en sí misma tiene la Divinidad, no pudiendo separarse, corren el movimiento Divino à ponerse en la Hostia, y así queda el Cuerpo, la Sangre, el Alma, la union hypostatica, el Verbo, y la Divinidad todo en la Hostia, y por decirlo en una palabra, todo Christo, como está en el Cielo. Lo mismo debemos creer en el Caliz; de modo, que siendo solo un Cielo el que por las palabras se mueve, son todos juntos los Cielos los que por su union se trastornan.

Oh, demostracion de liberalidad, por todas partes inmensa! *Este es mi Cuerpo*. No dixo mas el Señor, quando nos la daba toda; apoca el dón con las palabras, quando en la realidad hace tan infinitos los beneficios, que no le queda mas que dár. Suele, ò yá un amigo liberal con su amigo, ò

yá

yá un esposo con su esposa, que quando quiere mostrarse mas generoso, dá un bellissimo diamante engastado en una sortija, y con todo eso apoca la dádiva con palabras: Tomad esa sortija, dice, por muestra de mi amor, y no menciona la preciosa piedra que la hace inestimable, nombrando solo aquel poco oro, que forma la sortija. Así, pues, con exceso infinito el Señor enamorado, y generoso: Tomad, nos dice: *Este es mi Cuerpo*, que es el oro, como si dixeramos, que es la sortija, y no nombra, y no menciona el alma que en ese Cuerpo nos dá unida; y no menciona la Divinidad, que es el diamante de infinito valor, que nos dá en esa sortija engastada. Esta prueba suma de amor singularísimo, es la que notó Salomón, (*Cant. 3. v. 7.*) solo para un Dios hecho Hombre: *Si dederit hominem omnem substantiam domus suae pro dilectione*, ó como otros leen (*pro dilectio*) *quasi nihil despiciet eam*. Ese es el fumo exceso del amor, que quando por el amado se dá todo quanto se tiene, le parece al que ama, que aun no dá nada. Así, pues, le sucede à nuestro Salvador en este Sacramento, que no solo nos dá la habitacion, que es su Santísimo Cuerpo, no solo sus tesoros todos, que son los infinitos méritos de su Sangre, sino que nos dá el habitador de esa casa, que es su Alma, el dueño de toda su riqueza, que es la Divinidad: *Omnem substantiam domus suae*; y siendo eso todo lo que nos dá, como si no nos diera nada, no dice mas, sino: *Este es mi Cuerpo*; *quasi nihil despiciet eam*.

Siguese de aqui otra fineza inexplicable, con que toda la Divinidad se abate hasta lo sumo, solo por nuestro amor. Es, pues, solo el Cuerpo de nuestro Redentor el que principalmente se pone en la Hostia por virtud de las palabras. Está allí tambien su Alma, y tambien su Divinidad; pero quien tiene, explicandolo à nuestras voces, quien tiene el primer lugar en el Sacramento? Quien prefiere allí? El Cuerpo de Christo, ò su Divinidad? ¡Oh, humildad indecible de un Dios! El Cuerpo es allí el que tiene el primer lugar, el que se lleva la preferencia. A la manera que un Rey grande, si en el dia que se casa su Privado, se dignara por gran fineza de asistir à sus bodas, de ser su padrino; en tal caso, no dexando de ser Rey, no dexando de ser superior, con todo eso, en aquella funcion, en aquel acto, el primer lugar, la preferencia la tenia el vasallo, porque este era el Esposo, era el Novio. Así, pues, porque su Cuerpo, porque su Carne virginal es la que en este Sacramento se viene à desposar con nuestras almas, à estas tan soberanas bodas assiste la misma Divinidad; pero dandole al Cuerpo la preferencia, porque es el Esposo; y abatiendose Dios, porque el hombre se exalte, *este es mi Cuerpo*; no dice: *Esta es mi Divinidad*, estando como está allí: *Este es mi Cuerpo*, porque ese es el con que Dios se abate, para que la criatura lo alcance: *Et declinavi ad eum ut vesceretur*. A la manera que al volver del sueño el infantillo tierno levanta los vagidos, y la ama amorosa por sofegarlo presto, aun en la mis-

ma cuna, para darle el pecho, se dobla, y se inclina toda, y siendo el pecho solo el aplicado al sustentado, con todo eso, porque está unido à su cuerpo, lo acompaña todo el cuerpo, toda el alma, y toda ella se inclina con el pecho. Así, pues, hace la union, que siendo el Cuerpo de Christo el que solo mencionan las palabras, por la natural compañía, y estrecha union que entre sí tienen, le figue en la Hostia la Sangre, el Alma y toda la Divinidad.

¿Qué maravilla es esta tan estupenda, que no pudieron alcanzarla, ni aun los Serafines? Dinocrates, refiere Plinio, *lib. 34. cap. 14.* llegó à creer de no sé qué Filósofos, que el Sol no era todo mas que un muy grande globo de hierro encendido. Y de este craso engaño se le siguió otro mayor error, que fue intentar parar en su carrera al Sol. Para esto al grande Templo de Arsinoo le fue poniendo sobre todo el techo unas grandes tablas de Piedra Imán, persuadido à que siendo de hierro el Sol, estas piedras bastarian à dexarlo suspenso sobre aquel Templo, para su mayor hermosura, para su mayor esplendor. Y si es tan digno de risa este tan duplicado yerro, dad que lo conguiera: qué sería vér al Sol todo parado, todo suspenso al atractivo de una Piedra? Pues qué tiene que hacer este material Sol, mejor diré, ese negro tizon, respecto de la Divinidad, à Imán mas soberano, mas poderoso, atraida con el Cuerpo de Christo à la Hostia.

Y de aqui yá todo junto lo mas supremo de los Cielos, porque no pudiendo estar la naturaleza Divina, que es una sola en todas tres Personas, sin que estén en ella todas tres, siguese, que en este Divinísimo Sacramento, por la misma natural necesaria concomitancia, están con el Hijo, el Padre, y Espíritu Santo, con especial presencia; de modo, que aunque por imposible dexáran de estar, como están en todo lugar, estuvieran todavia en este Sacramento; que mucho, pues, que aqui digamos sin temeridad, le que en otras cosas fuera error, que no puede Dios hacer mas, siendo infinita su Omnipotencia, que lo que ha hecho yá en el Sacramento de la Eucaristía, donde juntas con toda su Divinidad todas sus perfecciones, quanto llena todos los Cielos, lo tenemos abreviado en la Hostia? El Padre Francisco Garcia, (*Min. c. 1.*) de nuestra Compañía, antes de ser Sacerdote, padecia graves tentaciones, y dudas sobre cómo las tres Personas de la Santísima Trinidad estando en el Cielo, estaban juntamente en la Hostia Consecrada: y un dia le quiso Dios sofegar con esta vision; porque al alzar el Sacerdote, vió con un modo maravilloso, que aquella Hostia misma se iba levantado hasta el Cielo, y que la Santísima Trinidad estaba en ella en figura de un tronco, que con tres ramos se sublimaba hasta el Empireo. Y à esta vista desapareciendo de su alma las tinieblas, le quedó tan llena de luz, que repetía à gritos, que daría mil veces la vida por confesar esta verdad cathólica, en que no le quedó